

IV.

Buen rato antes que me dispusiera para acudir á nuestra cita ordinaria ya estaba Juan en mi casa.

Dijome, que en la noche anterior le habia abrumado Antonio con preguntas y habia sostenido con él una larga conversacion, lamentándose de la falsedad de los argumentos y opiniones que habia escuchado con gran constancia de boca de sus compañeros, esperando en vano la época de su independencia y del progreso de la clase obrera; confesóle que las ideas que habia oido en los dos dias anteriores, habianle producido cierto choque con las que ocupaban su cabeza; reconoció que exigian cierta sumision y cierto esfuerzo de voluntad que estaba en pugna con los compromisos que tenia contraidos y con su amor propio; pero sentia una inquietud, una agitacion y un malestar, que no encontraba en el carpintero y que debia atribuir á la diversidad de opiniones; hubo momentos, me dijo el carpintero, que enfurecido se golpeaba la frente maldiciendo su docilidad y su constancia en empresa que consideraba ilusoria; apostrofaba á los maestros y oradores de club que le habian hecho perder tiempo y dinero, mediante promesas que veia irrealizables, y aunque reconocia hasta

cierto punto su error, parecia en cierto modo dominado por él mismo; y súbitamente se presentaba franco reconociendo este mismo engaño, y la bondad de las ideas contrarias; por fin Juan, llevado de su amistad acompañóle á su albergue, esperando con ansia el dia siguiente, para ver el resultado de aquella lucha.

Confieso que me conmovieron las esplicaciones del carpintero, así es que adelantamos nuestra marcha hacia el punto convenido.

Al llegar debajo de la encina encontramos ya á Antonio sentado bajo su sombra caviloso y reflexivo y sin esperar á que tomáramos asiento, repitióme lo que me habia ya referido el carpintero.

—¿Sabe V. amigo, añadió Antonio, que si esos hombres que nos aconsejan las huelgas y nos pintan la rivalidad de nuestros intereses con los de los amos, saben y comprenden que con los medios que nos proponen no hemos de conseguir el cambiar nuestro estado y nuestra posicion, son unos malvados?

—No diré yo que no sean tales, pero la mayor parte son especuladores que hacen su negocio con la docilidad de los obreros, y como cuesta poco el disfrazar la verdad á quien no tiene gran instruccion para comprender la farsa, no extraño que hagan prosélitos y aumenten el número de los incautos.

—Comprendo, replicó Antonio, acentuando sus palabras que puedo haber sido engañado, comprendo

que con los medios que V. nos espuso ayer tarde se vive mas tranquilo y apartado mucho más del bullicio y las discusiones, pero yo no alcanzo á ver que con la sobriedad y aplicacion á mi trabajo, pueda conseguir la formacion de mi suspirado capitalito, que es mi sueño dorado.

—¡Oh! ¡oh! le contesté; si esta es vuestra única dificultad para convenir en mis ideas, dadme la mano y contestad categóricamente á lo que os pregunte; ya os he ganado la partida, ó mejor la habeis ganado vos, porque vos solo reportareis las ventajas de haber reconocido de buena fé que os persuadian mis palabras.

—¿Reconoceis, añadí, que hay muchos obreros que entre su jornal, ó el suyo y el de su mujer y alguno de sus hijos, reunen cada semana una cantidad respetable, atendida su posicion, y que no obstante de ser todos gente laboriosa, casi todos los meses pueden á duras penas pagar el alquiler de casa; que muchos sábados por la mañana, estan como se dice—cero en caja y cero en casa?

—Es verdad, dijeron á coro los dos obreros.

—¿No es cierto que muchos jóvenes obreros visten ricas chaquetas de paño, magníficos chalecos de terciopelo, usan reloj de plata, calzan botitos de charol que no los lleva mejores el hijo de un marqués, que muchos dias van á tomar su café ó su copita de aguardiente, que todos los domingos y dias festivos

han de ir al teatro y que á pesar de su constancia en en el trabajo, del buen semanal que cobran, el dia de una enfermedad han de ser acogidos en el hospital y si les cae la suerte de soldado, han de cargar la mochila y sujetarse al rigor de la ordenanza?

—También es cierto; contestó Antonio por señas, que á no ser por mi padrino que me inscribió en una sociedad que se formó en el barrio, para los que nos tocára aquella ganga, á estas horas estaria dando guardia en un cuartel.

—¿Habeis observado que hay muchas familias obreras que sin haber sufrido interrupcion en su trabajo, sin haber mermado la enfermedad sus salarios, ni sentido ninguna de estas desgracias que todo lo consumen, no pueden salir de la miseria?

—Preciso es confesarlo, contestaron ambos obreros.

—Pues si es así, por desgracia algo ha de haber que influya de un modo poderoso en este estado y este algo, es la falta de prevision y economía. Es evidente que las exigencias del lujo y la extension que este ha tomado, borrando en el exterior la division que antes se observaba en las clases sociales, vistiendo cada uno segun su rango y su esfera, ha sacrificado á infinito número de familias, y ha puesto á la clase obrera en sus hábitos exteriores á un grado superior á sus recursos y dificultando á todas las clases la formacion de ahorros, priva en absoluto de

ellos al honrado trabajador, que no sabe resistir la corriente. En esta parte amigos míos, todos somos culpables; porque todos hemos secundado esta tendencia de presentarse á la sociedad en una escala mayor que la que realmente ocupamos; pero lo que para las clases medias será un mayor sacrificio, para las clases obreras es una verdadera ruina; y lo que digo del lujo en el vestir, debe decirse de este afán tan general de gozar de toda clase de diversiones y pagarse todo el mundo del oropel.

Es necesario pues, amigos, hacerse superior á esas exigencias exteriores que redundan en gran perjuicio de la prosperidad del individuo y de la familia. Que gasten enhorabuena los poderosos y los que tienen su gaveta colmada de oro, que los que vivimos del trabajo intelectual ó manual, solo podremos mejorar nuestra situacion á fuerza de economía y de prevision, y á vosotros que vivis del trabajo y que privados de él por varias contingencias, estais espuestos á todo género de desgracias y de privaciones, os es mas necesario que á nadie la formacion de un capital, que no puede adquirirse sino con el concurso inseparable de la sobriedad, la aplicacion y el ahorro. Es preciso que no olvideis la máxima del célebre Norte-americano Franklin, que de simple obrero, llegó á ser uno de los hombres mas importantes de los Estados-Unidos, que decia—«si alguno os dice que podeis enriqueceros por otros medios que el

trabajo y la economía, no le escuchéis, que es un malvado y un embaucador.»—

—Pues segun V. dice, espuso el hilador ¿hemos de renunciar, para formar nuestro capitalito á presentarnos con decencia?

—Disparatais, amigo, le contesté: entre la decencia y el lujo, hay la misma diferencia, ó mejor dicho tanta distancia como entre la economía y la avaricia, porque, muchos confunden estas dos cosas: el hombre económico, es previsor, es cáuto y prudente en sus gastos y llega él mismo á disfrutar de los resultados que su conducta le proporciona; el avaro es egoista, todo lo sacrifica al afán de acumular, se priva de lo más esencial á la vida y nunca llega para él la ocasion de poder gozar del dinero que ha reunido, porque aun en el lecho de la agonía no le abandona el temor de morir pobre, y al dejar el mundo le acosa la duda de si ha ahorrado lo bastante.

La decencia dista tambien del lujo, pues yo aquí entiendo por tal, el gastar en placeres, en diversiones, y aun en el vestir, recursos que hacen luego falta para las necesidades domésticas; y muchas veces, cantidades que deberian servir para la familia y aun para la alimentacion, se destinan para gastos superfluos y para cosas que desaparecen como una bocanada de humo. La economía no se opone á la decencia sino que consiste en distribuir las cantidades que nos produce el trabajo de una manera tal,

que sin dejar de satisfacer las verdaderas necesidades propias y de la familia, nos permiten ir separando poco á poco una parte de aquellas cantidades, formando así el ahorro que es la semilla del capital. La dificultad del caso consiste, en formarse este hábito é imponerse estas pequeñas privaciones que al cabo del año representan una suma no despreciable y que agregada sucesivamente, llega á producir una cantidad suficiente para asegurarnos la subsistencia en una época de calamidad ó de infortunio.

—¿Y cree V. posible que con pequeñas cantidades ahorradas puede un obrero llegar á formarse un pequeño capital y aun puede ahorrar algo?

—Vaya si es posible; y ahora mismo me lo vais á demostrar vos mismo. Soltero sois: ¿cuánto ganais de jornal?

—Doce reales, contestó el hilador.

—Supongo que para vuestra alimentacion completa, vestir, calzar y pagar el cuarto gastais ocho reales, os quedan cuatro de los cuales, si quereis, destinaremos medio real diario para fumar y os sobran aun tres reales y medio que al fin del año, habeis gastado sin saber como ó tal vez en cosas que os han producido desengaños, disgustos y camorras, y os encontrais que la salida, ha sido igual á la entrada. Bueno: supongamos que desde hoy, de los tres reales y medio que sobran del jornal retirais y meteis cada noche la mitad en una alcancia ó hucha;

contais ahora 25 años; y siguiendo constantemente esta costumbre, al cumplir los 50 habeis reunido 13.687 reales, aun suponiendo que este ahorro no lo hayais depositado mensualmente en una caja de ahorros en la cual beneficiariais los intereses acumulados durante estos años; y al llegar á esta edad ¿No os considerariais casi rico en vuestra clase con 13.687 reales debidos tan solo á este pequeño esfuerzo diario, que á los pocos meses ni aun esfuerzo seria?

—Pues vaya si me consideraria rico y afortunado, dijo Antonio el hilador.

—Ya veis, amigo mio, que ni es imposible ni menos difícil el realizar esto, que hace poco os parecia un sueño, y si tan violento ha de ser para vos el ahorro diario de un real y medio os concedo que retireis constantemente seis cuartos diarios, que al fin gastariais en un par de tagarninas de estanco, y á los 25 años de este ahorro continuo tendriais 6.676 reales que me parece no es suma despreciable para un obrero. Ahí tenemos á Juan, quien si quiere librar á su hijo del servicio de las armas bástale que el que es carpintero se haga un cepillo y vaya echando cada vez que salga el sol un realito, y el dia en que su hijo saque su bola, se encontrará con 7.500 reales justitos con los cuales le dará su licencia absoluta y aun le quedará un sobrante.

—¡Hombrel exclamó el carpintero; pues no se me habia ocurrido á mi esto: y por señas, que mi mujer

va á tener no poca alegría cuando al volver á casa le diga, que sin trabajo alguno, sin pedir prestado, sin quitarse el pan de la boca y con la ayuda de Dios no deberá nuestro hijo ir á las armas, y le redimiremos de este servicio. Yo le aseguro á V. que mas de cien veces hemos de bendecirle por esta leccion que no caerá en saco roto.

—Ni para mi tampoco, interrumpió el hilador, porque dicen que los números no mienten, y aunque no se si á los 50 años me habré librado de la cruz matrimonial, esto de pensar que bien vestido, bien alimentado y sin faltarme nada, con poco poquito de juicio, cuando yo ya sea maduro, habré reunido ¿cuánto decia V. amigo?

—6.676 reales con un ahorro diario de seis cuartos; y 13.687 cabalitos, ahorrando real y medio, que ya veis que bien vale la pena.

—6.676 y 13.687; repitió el hilador, me parece que esos números no se borrarán ya de mi cabeza.

—¿Pues que resolveis ya comprar la alcancia ó la hucha? pregunté á Antonio.

—Torpe sería si no lo hiciera, contestó el hilador; y lo que siento es haber ignorado hasta hoy este modo de hacer el capital y explotar este medio, con el cual sin deber ningun favor á nadie podré mejorar más ó ménos tarde mi posicion.

—Debeis saber además, añadí que así como el dinero hace dinero, la economía ó el ahorro, tienen la

propiedad especial de modificar el carácter y las costumbres de los que contraen aquel hábito. Ante todo, con el trabajo se gana el dinero y con la economía se conserva, se guarda y se puede aumentar, y así como el hombre reporta más ventajas de ser hombre de bien que de ser un malvado ó un petardista, con la economía se adquieren cualidades que apetece y desea todo hombre honrado.

El ahorro es la base de la independenciam y la dignidad del obrero económico, pues no solo se vé libre de la pesadilla de las deudas, sino que pudiendo comprarlo todo al contado, puede obtener los objetos más baratos que adquiriéndolos al fiado, particularmente en lo que se refiere á instrumentos del trabajo ó las primeras materias para su industria ú oficio: al paso que el hombre que no ahorra, ó se vé con frecuencia en la precision de contraer deudas y apremiado por sus acreedores que mortifican su dignidad y amor propio ó tiene que pedir adelantos á cuenta de su trabajo, lo cual coloca al obrero en una dependencia completa del amo y en una posicion de que es fácil abusar

—¡Que lástima del tiempo perdido y haber ignorado hasta hoy estas que veo verdades como el puñol esclamó el hilador.

—Pues aguardáos, amigo, que aun no las sabeis todas. La economía es una virtud; y como todas las virtudes son hermanas, vereis que el obrero economi-

co, es caritativo, al paso que el disipador, es naturalmente insensible á los sufrimientos de sus semejantes.

El obrero económico, por la situación en que se coloca, por su género de vida, y por las personas de que se rodea, se vuelve antipático al juego, á la borrachera, al libertinaje, y considera la ociosidad, como su muerte; y una cosa muy notable os he de hacer observar, cual es, que por regla general los que ganan más jornal son casi siempre los menos económicos; porque fiados en lo más que ganan, no limitan sus gastos, satisfacen sus caprichos y creen que nunca ha de llegar para ellos el día de la pobreza; pero los obreros cuyo jornal es más fatigoso, más duro ó más escaso, son los más retenidos y los que en proporcion ahorran más. He examinado los estados que se publican anualmente de algunas cajas de ahorros y he observado de un modo constante, lo que os acabo de decir: que los jornaleros de las industrias mas pesadas ó en las que el trabajo es más duro, son los que imponen mayores cantidades y en mayor número.

—¿Y cómo se explica V. una cosa tan singular? preguntó el carpintero.

—Creo á mi vez, que esto es debido á que los obreros de estas industrias, sienten más lo que les cuesta ganar su jornal, y ven con cuanta facilidad el dinero se gasta y con cuanta fatiga se adquiere; y por

lo tanto por egoísmo son naturalmente económicos y previsores.

Generalmente las consecuencias de la falta de economía se sienten cuando ha pasado la mejor época de la vida para ahorrar, la juventud por naturaleza es impresionable, no es previsora, y cuando llega la edad madura, es cuando se ven y se tocan los resultados de la disipación, de la falta de ahorro y se suman las cantidades que se han gastado sin resultado alguno y se siente el desconuelo de no poderlo remediar ni recuperar el tiempo y el dinero perdidos.

No creáis empero amigo Antonio, por lo que os he dicho, que solo pueda ahorrar el obrero soltero, porque el estado del matrimonio siente mas que ningun otro, las consecuencias de que la familia no sea económica, y de que el padre ó la madre no procuren ahorrar y prevenirse, para la ancianidad, la desgracia y la falta de trabajo ó de salud. La economía no solo es conveniente y útil, sino necesaria á todos los estados de la vida, y en el matrimonio la falta de ahorro, es muchas veces el origen de las disensiones, de los disgustos, que acaban muchas veces con el divorcio, porque sabido es el adagio: que en la casa en que no hay harina todo es mohina.

Si los esposos son laboriosos, si la mujer es económica, y el marido con su laboriosidad y conducta, secunda la administración del caudal doméstico confiado á su compañera, si se educa á los hijos en los

preceptos de la sana moral, se les inclina al trabajo y si se les persuade de las ventajas que en si trae la aplicacion, la honradez y la economía, podeis estar seguros que esta familia podrá sufrir los contratiempos de la enfermedad, la falta de trabajo y otras que pesan sobre la vida, pero ni el amor mutuo se disminuirá, ni se extinguirá el consuelo, y rarísima vez esta familia se verá en la miseria, porque para los buenos nunca falta proteccion, ni están agotados los socorros que el cielo envia por mano de los hombres compasivos.

—Gracias, caballero, mil gracias por tan buenos consejos, exclamó el carpintero y se las doy á Dios por la dichosa coincidencia de nuestro viaje que tan agradables ratos nos ha proporcionado.

—No, le contesté: á mi no debeis agradecerme nada, sino que la gratitud en todo caso la debemos todos á esas virtudes que Dios ha puesto en el mundo, para recompensar los malos ratos que en él pasamos, y con las cuales no solo sentimos el bien sino que podemos proporcionarlo á los demas. Y volviendo á lo que os decia, acabaremos estas pláticas, dándoos un consejo: formad cada dia una lista de vuestros gastos, separad cada dia lo que podais para vuestros ahorros, repasad cada mes aquellas listas, fijáos en qué habeis invertido vuestros jornales, qué gastos hubierais podido suprimir, ahorrad un cuarto cuando vuestras necesidades y atenciones no permitan más, y una

peseta cuando podais ahorrarla pero sin caer en la avaricia; formad en vuestro carácter el hábito del ahorro y podeis estar seguros, que teneis en vuestras manos el elemento más poderoso de vuestra independencia, de vuestra dignidad y vuestro tan suspirado progreso, que lo alcanzareis sin servir de instrumento á ambiciones y cálculos de hombres que os engañan y explotan.

Apenas hube pronunciado estas palabras, el hilador me cogió la mano entre las suyas y con un acento de bondad, de dulzura y á un tiempo de dignidad que no podré olvidar, me dijo:

—Señor mio, soy pobre jornalero que no podré nunca recompensar el servicio que me ha hecho V. aun más que servicio, es un nuevo modo de vivir el que debo á V. y no me cansaré en repetir aquí y en donde venga al caso, que me he rendido á V. con armas y bagajes, porque confieso que ni nadie me habia hablado un lenguaje tan franco y leal, nadie me habia explicado lo que he oido de V. estas tardes, y yo faltaria á mi conciencia si llenara en este pueblo el cometido para que he sido enviado. Sepa V. que mis compañeros, me habian comisionado venir á esta poblacion para preparar una huelga en el ramo de hilados y de tejidos, y una vez organizada debia volver á dar cuenta de mis trabajos, para lo cual se me pagaria el jornal los dias que ello me ocupase. Despues de lo que he oido, y de lo que me

ha pasado en estas últimas tardes, yo no debo engañar á los obreros de este pueblo inclinándoles en un camino que puede darles disgustos y pérdidas, y no debo tampoco percibir un jornal que no he ganado, ni cobrar un dinero que me quemaría las manos al tocarlo. ¡infames, vaya un modo de engañar á los pobres operarios!

—No te apures por esto dijo el carpintero, con las lágrimas en los ojos, aunque no son grandes mis haberes, mi bolsillo te sufragará este jornal que no has perdido, ya que de tanto provecho ha de serte en lo sucesivo.

Los dos amigos, Juan y Antonio, empezaron á escusar el uno y á empeñarse el otro en que mi conuerso no perdiera el jornal de aquellos días y la verdadera amistad se puso allí de relieve: el afecto de uno y la gratitud del otro.

—Vamos, amigos míos, que yo me encargo de partir esta diferencia, pero deseo que Antonio no oponga reparo alguno á lo que voy á decir. Juan y yo, os pagaremos por mitad estos salarios. . .

—Me avengo á ello, interrumpió el carpintero con tal que Antonio me permita que le regale una cajita de nogal en forma de cepillo para que pueda depositar allí sus ahorros.

Trabajo nos costó el que aceptára el hilador nuestras monedas: despedímonos de aquel sitio y debiendo quedarme algunos días en el pueblo, Juan y

Antonio al día siguiente vinieron á despedirse pues volvían á la ciudad, y confieso que me separé de ellos con pesar; aun me late el corazón, al recordar los afectuosos apretones de manos con que espresaron su simpatía y buen recuerdo aquellos dos honrados jornaleros.